



LA MADEJA X

**LENGUAJE
INCLUSIVO**



INDICE

INTRODUCCIÓN.....p.1

LENGUAJE INCLUSIVO Y LENGUA VIVA. POR UN USO
CRÍTICO DEL LENGUAJE.....p.2-5

LA LENGUA QUE NO AMABA A LAS MUJERES ...p.6-7

ALGUNAS CONTRIBUCIONES DESDE LA LINGÜÍSTICA
.....p.8

INTRODUCCIÓN

Sabemos que al igual que el feminismo se ha considerado a veces como secundario dentro de las luchas sociales, hay cuestiones dentro del feminismo que pueden quedar relegadas frente a la urgencia de lo visto como más prioritario. La del lenguaje inclusivo o no sexista, es una de ellas. Cuando el grupo Moiras se propuso crear La Madeja, expresó su deseo de dedicar varios números para estos temas que suelen ser juzgados como más superficiales, cuando en realidad no lo son. Por el contrario, la poca importancia que se les da capta más nuestra atención, puesto que nos hace sospechar, que hay mucho más bajo las apariencias.

Al lenguaje inclusivo, entendido como lenguaje no solamente para “incluir” o “visibilizar” a los otros géneros que no son el masculino, sino también para erradicar toda forma de lenguaje machista, habíamos de reflexionarlo, sin darle ni menos ni más importancia de la que en realidad tiene. Cambiar los contenidos y la realidad, es sin duda el objetivo, pero también la manera en que utilizamos el lenguaje, las formas lingüísticas, contribuyen a ese cambio, y desde luego, nosotras defendemos y practicamos lenguaje inclusivo. Ahora bien, este lenguaje no es único. No toda la comunidad de hablantes de la lengua castellana usan el mismo tipo de lenguaje inclusivo, puesto que hay diferentes formas de conseguir lo mismo, y estamos todavía en la vía de experimentar con el idioma hasta conseguir formas más eficientes.

Este número nos sirve para hacernos conscientes y ponernos de acuerdo acerca de unas líneas de trabajo en torno al lenguaje inclusivo, sin obligarnos a utilizar todas la misma forma. Ante todo, nos negamos a seguir modas, puesto que lo último que deseamos es un uso irracional, ya que esto para nada se corresponde con la finalidad del lenguaje no sexista, que es el de superar toda forma patriarcal que por inercia hemos estado reproduciendo a lo largo de generaciones sin pararnos a pensar en si es excluyente e injusta.

Añadir que no partimos de un conocimiento profundo de la lengua, que no somos expertas, pero que siendo el lenguaje inclusivo un asunto cuya realización atañe a quienes están implicados en la lucha feminista, hemos analizado una información básica, que incluye la opinión de los especialistas para adoptar una postura acerca del tema. Esto nos ha de servir al menos a nosotras, porque sentíamos que habíamos de llegar a acuerdos conscientes acerca de esto, y a la vez, para trasladar a quienes nos leen, el debate existente en cuanto a lenguaje inclusivo y nuestras conclusiones acerca de él.

Nuevamente agradeciendo a las personas que nos han ido ayudando en nuestros proyectos, y a las que realizan el esfuerzo de seguimiento y difusión de nuestra publicación, en la que llevamos año y medio trabajando, enviamos un abrazo grande para ellas y para todas las que están implicadas en la lucha contra el machismo y por la autoemancipación de la mujer.

Grupo Moiras

Julio de 2022

LENGUAJE INCLUSIVO Y LENGUA VIVA. POR UN USO CRÍTICO DEL LENGUAJE

Al defender la libertad en el lenguaje, interesa reconocer que en su génesis tiene lugar tanto una evolución espontánea como la intervención de consensos sociales. El lenguaje inclusivo, como conjunto de estrategias destinadas a erradicar la discriminación de género en el idioma, viene de los años setenta, pero toma auge junto al resurgimiento del feminismo y la lucha LGBTI en años recientes, lo que viene unido también al empuje de internet y las redes sociales como canales de expresión alternativa a los medios de comunicación corporativos y estatales. Frente a este avance, destaca la reacción inmovilista de las academias de la lengua, esas instituciones del estado, de las que inevitablemente cuando surge un debate como este, nos preguntamos cuál es su cometido, y su utilidad concreta.

En 2012, a través del conocido informe del académico Ignacio Bosque, la Real Academia Española de la Lengua, rechaza oficialmente las guías de lenguaje inclusivo por considerar que se altera la gramática española de tal manera que en la práctica sería imposible hablar el castellano. El informe se suscribe con la oposición de tres de las cinco académicas mujeres del total de 44 componentes de la Real Academia. Varios años después, en 2018, salta a los medios la opinión de un famoso integrante de la Real Academia, Arturo Pérez Reverte, al respecto de la eliminación del término “mujer fácil”. Recurre para ello a un argumento muy empleado por diferentes academias en España e Hispanoamérica: que la Academia se limita a registrar usos mayoritarios del idioma, no decisiones de colectivos concretos, ni puede tomar decisiones de tipo “político”, ni “censurar” ni eliminar nada. En esta línea estuvo por ejemplo la decisión de la Dirección General de Escuelas de Mendoza, Argentina, de trasladar a la vicedirectora de una escuela por usar el lenguaje inclusivo en las aulas (noticia del 24 de junio de 2019). Y hace pocos días, en este mismo mes de julio, leíamos la noticia de que el Ministerio de Educación argentino prohibía el uso de la letra e, la x y la arroba, por parte de los docentes. Este tipo de decisiones van en contra de la legislación nacional (Ley de Educación Sexual Integral), y contra las leyes internacionales que respaldan el uso del lenguaje inclusivo. Así precisamente es como los gobiernos contradicen el derecho, y las academias se exceden de lo que es su función.

Siguiendo el lema de la RAE, de 1714, “fija, limpia y da esplendor”, “fijar” es para posibilitar que haya entendimiento en toda la comunidad de hablantes, que hablen la misma lengua y se entiendan entre sí, lo cual tiene que hacerse de forma consensuada y lógica, no autoritaria. “Limpiar y dar esplendor” es para evitar malos usos como son los términos sexistas del tipo “mujer fácil”. El lenguaje inclusivo está dentro de esta visión. Contrariamente a lo que ha afirmado la RAE, no se trata de la opinión o decisión de colectivos excluyendo al resto de población, sino de derechos humanos y normas de protección a colectivos, sea mayoritarios o minoritarios, que la propia academia está obligada a respetar, dado que no opera fuera de la ley. Una de sus tareas, entonces, es recoger los cambios de uso procedentes de las demandas sociales que se traducen en políticas y en leyes que también obligan a la RAE, no meramente recoger usos mayoritarios, porque de ser así, siempre la lengua estaría apegada a lo tradicional, ya que ningún cambio en un idioma puede adoptarse de un día para otro. Consideremos que, antes de que términos como “jueza”, “médica”, “abogada”, fueran usados por la mayoría de españoles, ya eran lingüísticamente correctos porque designaban una realidad que ya existía y no se nombraba.

En el fondo del debate hay dos conceptos de lingüística opuestos. De una parte, hay un concepto de la lengua como ente muerto o con cambios mínimos a lo largo del tiempo. Este está asociado a la teoría del suizo Ferdinand de Saussure, considerado padre de la lingüística moderna. El entiende a la masa hablante como un factor inerte, de conservación, que simplemente reproduce las formas de la lengua heredada, hasta el punto de que la relación entre significado y significante, entre signo y sentido, sería arbitraria. Esta perspectiva fue cuestionada por los teóricos rusos del tiempo de la revolución de 1917, como Valentín Volóshinov, que señalan que la lengua está viva, y refleja los contenidos ideológicos de una sociedad, y cómo para transformar ésta, hay que modificar también el lenguaje. El lenguaje inclusivo implica un cambio consciente promovido desde un sector de la población que se encuentra oprimido por los usos dominantes patriarcales. No se trata de una minoría que trata de imponer al resto de población algo que es bueno solo para ella. No son privilegios lo que exige, sino unos derechos acordes a una serie de valores internacionalmente aceptados como necesarios para la convivencia. El lenguaje inclusivo es un fenómeno global y son muchos países los que están revisando sus idiomas, además de que son conocidas las recomendaciones o normas de organismos internacionales y de gobiernos. Los resultados que arroja el motor de búsqueda de Google demuestran que es posible cambiar conscientemente el uso de la lengua en este sentido; las formas del lenguaje inclusivo se están usando ya. Esto indica que no es un asunto minoritario, sino que hay una voluntad social y política en todo el mundo de erradicar el componente patriarcal del lenguaje. Además, están los resultados de las investigaciones que demuestran cómo el lenguaje influye en la realidad, y en concreto, cómo afecta psicológicamente el uso del lenguaje masculinizado a las mujeres o personas no binarias. Una muestra de ello es cómo según el lenguaje que se use en el anuncio de una oferta de empleo y el que se utilice en la entrevista de trabajo, una mujer cualificada para él, puede llegar a sentirse incapaz e ignorar esa oferta¹. Los efectos del lenguaje en sus formas patriarcales, como el genérico masculino, son demasiado graves como para pasarlos por alto. Habremos de mantenernos abiertos al cambio, y si las academias dicen que es imposible sin destruir el idioma, habrá que buscar soluciones a los problemas técnicos que se plantean acerca de las formas concretas usadas en la actualidad, pero nunca renunciar a la idea de conseguir un lenguaje no sexista.

En cuanto al genérico masculino en castellano, que es lo que más se ha tratado en debate público, se observa una serie de limitaciones en los aportes actuales, que hace que al menos, el utilizar siempre la misma forma de lenguaje inclusivo en todo el discurso, sea poco práctico o incluso desaconsejable para el propio propósito de este lenguaje. Por principio, si lo que se busca es visibilizar los géneros que han quedado invisibilizados por el masculino, usar siempre un género neutro, invisibilizaría todos los géneros. Esto, especialmente en contextos donde estamos hablando de realidades muy feminizadas, donde la violencia del hombre machista hacia la mujer es la norma, sería otra forma de blanquear la violencia sobre ella, al transmitir la idea de que hay igual cantidad de víctimas que no son mujeres. Así que según la realidad de la que se trate, habría que utilizar un género determinado, o dos de ellos, o utilizar un neutro. Eso también daría más información en contextos donde interesa conocer la composición de género.

Igualmente, un exceso del recurso a la eliminación del sujeto en las oraciones para neutralizar, podría llevar a una despersonalización del lenguaje, con lo cual el efecto sobre el pensamiento y la realidad, podría ser deshumanizador. Más conveniente en ciertos casos sería usar los

¹ STOUT JANE G., DASGUPTA, NILANJANA, “When he doesn’t mean you. Gender-exclusive language as ostracism”, en: *Personality and Social Psychology Bulletin*, junio de 2011. of 2011. Disponible en : <https://gap.hks.harvard.edu/when-he-doesn%E2%80%99t-mean-you-gender-exclusive-language-ostracism>

desdoblamientos, o los tres géneros incluyendo el no binario. Sostener esto a lo largo de todo un discurso se puede hacer muy pesado, porque se pierde la economía, por eso lo que se suele hacer es alternar con otras modalidades del lenguaje inclusivo.

El uso del morfema “e” para marcar el género neutro o no binario, presenta especiales dificultades para usarlo como forma única. Voy a citar a continuación un fragmento acerca de este uso, dentro del estudio que, a raíz de la polémica con la RAE, se realizó por parte de la ANLE (Academia norteamericana de la lengua española): “La concordancia de género y número no son opcionales en la lengua española, y los hablantes que utilizan la e inclusiva lo saben, lo intuyen o lo asumen sin siquiera cuestionárselo, y ahí es cuando su uso se complica. No es lo mismo saludar con un “buenas tardes a todes” y proseguir con una alocución, que decir “estes niños despiertes son muy travieses y ruidosos, pero dormides son unes angelites... ¡cómo les quiero!”. La e inclusiva impacta en palabras de contenido: parte por los sustantivos: “niños” -que al instante ya invoca “niñez” mal escrito- y se extiende a los determinantes: “estes” y “unes” -aquí evocando una conjugación del verbo “unir”-, así como a los adjetivos: “despiertes” -otro homófono surgido de pronto-, “travieses”, “ruidosos” y “dormides”, y finalmente a los pronombres: “les”, que en este caso lleva al léismo o a la sensación de que falta el objeto. El impacto no solo es morfológico y sintáctico, sino también estético y semántico.”²

De nuevo lo que se hace notar aquí es la necesidad de no utilizar siempre la misma fórmula a lo largo de todo el mensaje, en este caso además porque se puede llegar a confundir palabras, lo que si para para una persona hispanohablante resulta ambiguo, y más si es de alguna región como Asturias o Valencia en la que se confunde con la “e” del femenino de su dialecto, para un estudiante de castellano que venga de otro país, viene a ser más confuso todavía.

El propio hecho de tener que variar el uso del género según el propósito y el referente real, plantea una dificultad, porque no sabemos cuándo tenemos que usar una forma u otra. Hay unas recomendaciones por parte de organismos internacionales acerca de cómo evitar el genérico masculino, pero son algunas de las soluciones antes comentadas, que según el caso pueden tener como resultado invisibilizar y despersonalizar. Ni tenemos normas para una combinación de usos. Estamos en un momento de exploración, en que los usos compartidos que se están generando no son únicos ni son definitivos. Cotejando con otras publicaciones anarcofeministas, encontramos diferentes modalidades, que van desde el uso exclusivo de la “a”, es decir, la feminización total del lenguaje, pasando por los desdoblamientos, omisiones, o genérico con “e”, hasta cambiar el género de sustantivos que no afectan directamente a las personas, con términos como “cuerpa”.

Ante esto, lo que me parece más razonable es hacer un empleo selectivo de las diferentes soluciones aportadas, aunque eso dificulte en cierta medida el aprendizaje del idioma. Hay que estar muy atentos al contexto, utilizar el lenguaje inclusivo en la medida de lo técnicamente posible, es decir, sin devaluar la lengua, y tratando de llegar a consensos para que esta siga siendo un lenguaje compartido. Y también habrá que tener en cuenta que, para este cambio, quizá el más consciente y democrático de la historia de la lengua, será más grande

² TRONCOSO FLORES, ZAZIL-HA, “Consideraciones lingüísticas de la adopción del fonema “-e” como morfema de género inclusivo”, en ASCAJA, TINA, y PRUNES, NATALIA: *Por un lenguaje inclusivo. Estudios y reflexiones sobre estrategias no sexistas en la lengua española*, Nueva York, Tina Ascaja, y Natalia Prunes editores, 2021, p.269.

el esfuerzo en el lenguaje hablado que en el escrito, ya que en el escrito tenemos mayor control consciente de lo que decimos, y en el hablado no nos da tanto tiempo a pensar y tendemos a reproducir. Las limitaciones técnicas para un lenguaje inclusivo, es de creer que en un futuro los hablantes de la lengua, de manera más espontánea, las irán superando de forma que el idioma consiga reflejar la diversidad con más fidelidad.

Mientras, habremos de trabajar con los recursos que ahora tenemos en cuanto a lenguaje inclusivo, sin tachar de “no inclusivo” a quien no usa exacta e invariablemente las mismas formas que las nuestras. Y aunque reconozcamos la importancia del lenguaje, siempre, más importante que las formas, nos parecerán los contenidos: ¿para qué queremos un lenguaje que visibiliza a las mujeres y no binaries, de igual manera que al hombre, si en la práctica seguimos bajo sometimiento a él en todos los órdenes de la vida (menos en el lenguaje)? Este lenguaje ayudaría, sin duda, le damos nuestro apoyo más sincero, pero por sí solo, no se basta para transformar la realidad. Por eso hay que cuidar de no dejar de lado los contenidos, y no permitir que las fuerzas reformistas dicten nuestra agenda reivindicativa, ya que ellas necesitan las apariencias, el aparentar que todo cambia para que nada cambie, y en gran medida entienden el feminismo como una lucha por el poder, por la paridad con el hombre dentro de las instituciones del estado o de las élites directivas de la economía. En este sentido, no hay que olvidar que el concepto de lenguaje inclusivo es mucho más amplio, que no es solo visibilizar o neutralizar los géneros, según se necesite, con cambios como el de evitar el genérico masculino. Se trata de erradicar la discriminación de sexo y género, y de dejar de perpetuar estereotipos sexistas en el lenguaje. Capítulo importante aquí que no se está tratando de suprimir con la misma fuerza, son los insultos específicos hacia la mujer o hacia las minorías sexuales, que perpetúan la moral sexual patriarcal, la cual está en el origen de buena parte del lenguaje soez que usamos en nuestra lengua, y que perpetuamos cada día sin ser conscientes de ello, transmitiéndoles a las nuevas generaciones un concepto del sexo asociado a violencia, vergüenza, culpa y suciedad. ¿Para cuándo vamos a cambiar este lenguaje? ¿o es que lo vamos a ver también como parte de una diversidad sexual que hay que conservar?, ¿y para cuándo la justicia de hecho, y no solamente formal? Recordemos, que cambiar el lenguaje, y cambiar la cultura, ha de ser siempre en serio y desde sus raíces, y siempre de forma lógica, libre y consensuada.

Átropos

LA LENGUA QUE NO AMABA A LAS MUJERES

Cuando en la Revolución Francesa las mujeres fueron a tomar la Bastilla lo hicieron con la creencia de que los derechos que se iban a conquistar las incluían. Así lo decía la gramática: el masculino genérico también se refiere a vosotras, bobas. Sólo después, cuando llegó la hora de la verdad, quedó claro que aquella Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano no se refería a ellas: tenían derecho a subir al cadalso, pero no a la tribuna.

Así ha sido la relación de las niñas y las mujeres con el lenguaje: ambigua, cuando no abiertamente hostil. Porque no es lo mismo llamar a alguien zorro que zorra; perro que perra; golfo que golfa, y así un largo etcétera que muestra la enorme carga de misoginia que llevamos sobre nuestros hombros, interiorizamos con las primeras letras, y de la que nos es tan difícil librarnos como si hubiésemos pisado mierda.

Llevamos, pues, ya mucho tiempo intentando deshacer el entuerto que nos retrata de forma natural como inferiores, degrada nuestra sexualidad y en no pocas ocasiones nos expulsa del género humano (¿alguien recuerda aquel ‘Érase una vez el Hombre’ que enseñaba a la infancia la evolución humana, con el que algunas crecimos?).

Hasta ahora el esfuerzo de las feministas por conseguir que el lenguaje refleje con claridad que las mujeres existimos y formamos parte del género humano ha cosechado algún éxito, pero siempre con sombras. Es cierto que las instituciones y administraciones han integrado el lenguaje llamado ‘inclusivo’, pero de una manera tan forzada y estereotipada que causa más rechazo que otra cosa en cualquiera con dos dedos de frente. Este desdoblar el idioma sin ninguna creatividad en todos los textos administrativos ha logrado, además, que parezca que las mujeres hemos conseguido muchas conquistas, ocultando la realidad que sigue empecinada vendiéndonos como cosas en los burdeles, pagándonos menos por las mismas tareas, reservándonos los trabajos más precarios y peor pagados, cargándonos con las labores domésticas y no diagnosticando a tiempo nuestras enfermedades, por enumerar solo unas pocas de las desigualdades que se reservan para nosotras en las sociedades supuestamente igualitarias.

Otra amenaza que se cierne ahora sobre la visibilidad de las mujeres en la cultura popular es el uso indiscriminado del neutro inclusivo. Se supone que las mujeres cis y trans tenemos que estar encantadas de que se imponga la ‘e’ como alternativa al masculino y el femenino tradicionales.

Se borra así, se supone, la distinción entre hombres y mujeres que nos constriñe a unos y otras a determinados roles, con el argumento de que con la ‘e’ no se deja fuera a las personas no binarias y se incluye a todo el género humano. Salvando que el uso de la ‘e’ es apropiado y deseable en determinados contextos, cuando hay personas no binarias o intersexuales presentes o aludidas, aplicarlo de forma indiscriminada viene a poner otro clavo en el ataúd. Borrar la distinción por sexo solo puede beneficiar a los que mantienen la posición de poder. Así ocurrió cuando desaparecieron del imaginario colectivo las clases sociales: la clase explotadora se vio beneficiada, ya que no había ningún colectivo que se identificara como clase explotada que pudiera organizarse para defenderse.

La desaparición de los sexos sobre el papel serviría para ocultar en el relato colectivo, por ejemplo, quién viola y quien es violada; quién asesina y quién es mayoritariamente asesinada; quién manda y quién obedece. Ojalá llegue el día en que esta distinción no sea necesaria pero

mientras las personas traficadas para el sexo sean mujeres mayoritariamente y los que pagan este infame tráfico sean hombres mayoritariamente; mientras el porno siga erotizando la violencia y la misoginia y mientras las manadas acosen a las chicas que se emborrachan en las fiestas, borrar la distinción entre hombres y mujeres será injusto.

Algunos datos muestran, de forma inequívoca, que la masculinidad está detrás de muchas conductas violentas. Por ejemplo, en 2020 los hombres cometieron en España siete veces más asesinatos y homicidios que las mujeres. De las más de 53.000 condenas por lesiones 44.000 fueron cometidas por varones; en el caso de los delitos contra la libertad sexual los hombres cometieron 85 veces más agresiones que las mujeres. Estos datos muestran que pese a lo que defiende Vox la violencia si tiene género, en concreto, género masculino.

Para poder construir un mundo menos violento es necesario saber cuáles son los mecanismos sociales y culturales que están funcionando para generar esa violencia. Por ejemplo, en 2021 las agresiones sexuales aumentaron casi un 10 % y se dispararon las agresiones cometidas en manada: este dato demuestra que estamos muy lejos de conseguir una sociedad sin sexos.

Para convencer a las mujeres cis y trans de que debemos ceder el poco espacio que hemos conseguido se vuelve a tirar una vez más de nuestra abnegación cultural, de la generosidad que se nos atribuye siempre para que traguemos. Cedemos siempre, pero qué bondadosas y angelicales, cómo consentimos nuestra propia explotación. Así ha funcionado para nosotras el amor y también está funcionando ahora para nosotras la solidaridad.

Láquesis

ALGUNAS CONTRIBUCIONES DESDE LA LINGÜÍSTICA



Valentín Volóshinov (1895-1936). Fue integrante del círculo de Batjín, que estudió especialmente las relaciones del discurso con la sociedad y la ideología. Critica a la escuela lingüística contemporánea de la que Ferdinand de Saussure es el exponente más conocido. Su preocupación no es el signo abstracto, sino el “signo ideológico”. Eso le lleva a concebir la lengua como un ente cambiante, no un sistema estático y definitivo. Según su teoría, la palabra registra las transformaciones sociales. La palabra es signo, elemento material de las ideas, y en época de cambio social, también ella contribuye al cambio. Qué palabras se usan en un discurso, qué tema u objeto tiene ese discurso...implica una selección interesada. De ahí su afirmación: “**la palabra es la arena de la lucha de clases**”.

Patrizia Violi (1949-). Es conocida por sus numerosos trabajos acerca de la discriminación lingüística de género. Sostiene una crítica al sujeto lingüístico abstracto, teorizado por Emile Benveniste, discípulo de Saussure. El lenguaje contribuye a la génesis del sujeto, sí, pero ese sujeto, dicen las teóricas como Violi o Francesca Graziani, es un sujeto sexuado. La lingüística convencional, no crítica con el patriarcado, asume la filosofía burguesa del sujeto, basada en la escisión mente/cuerpo. Los signos de nuestra corporeidad se vuelven insignificantes desde el hecho del desprecio de la diferencia física, en especial del cuerpo femenino, por parte del orden simbólico patriarcal, que construye un lenguaje a su medida. El lenguaje inclusivo ayudaría a recuperar nuestra corporeidad en el orden simbólico, en sí un factor generador de nuevas prácticas con poder transformador de la realidad social.



Robin Lakoff (1942-). Una de las fundadoras de los estudios de género, dentro de la sociolingüística, con su obra *El Lenguaje y el lugar de la mujer*. Comienza su trabajo en el MIT, al mismo tiempo que Chomsky y otros creaban la Gramática generativa transformacional. Investiga el uso del lenguaje en las mujeres, y descubre diferencias inducidas culturalmente, y asociadas a su lugar de inferioridad, como el uso excesivamente cortés, la frecuencia de la disculpa, el uso de adjetivos vacíos...básicamente para expresar docilidad. Asimismo, estudia la intersección entre violencia lingüística y de clase, racial... Reivindica que lo prioritario es combatir la injusticia, y no solo el signo de la injusticia. Para ella el problema es detectar qué usos lingüísticos dañan psicológicamente porque invisibilizan o someten, y buscar los sustitutivos, no el corregir posibles discordancias meramente formales.



Mercedes Bengoechea(1952-). Es la sociolingüista española más influyente en el debate sobre lenguaje inclusivo, criticando la postura conservadora de la Real Academia de la Lengua Española desde una fundamentación científica. Defiende que el uso sexista del lenguaje perpetúa los estereotipos misóginos e invisibiliza las aportaciones de la mujer, afectando a la propia construcción de su identidad, mientras que el lenguaje inclusivo no es ningún artificio, sino que refleja las transformaciones sociales y las demandas de los colectivos discriminados, que no debieran verse ignoradas por las instituciones.



